

UN GATO CON BOTAS

No es posible que no sepan quién es el gato con botas, si es de lo más claro. Piensen tantito. ¿No dan? Es un gato grande. No, no de edad, de tamaño. Yo lo conocí antes, hace muchos años, cuando todavía no soñaba en llegar a ser lo que es. Era un joven deportista, alegre, sencillo. Trabajó mucho, se casó y tuvo hijos. Todo marchaba bien para él y su familia. Pero él quería crecer y para eso se hizo contratar por una empresa extranjera. Le fue muy bien. ¿Ya saben quién es? Todavía no. Entonces sigo. Fue cuando dio el cambio. Se metió a la política. Abandonó a su mujer o ella lo abandonó a él. Le caía bien a sus partidarios por su franqueza, su sonrisa y sus dichos. Consiguió ser gobernador de su estado. ¿Ahora sí ya saben de quién se trata, verdad? Después se unió al partido que menos había figurado en la República, hizo giras, sus amigos dieron dinero pensando en recuperarlo con creces después, en lo que no fallaron. Fue nombrado presidente de la República. El presidente del cambio. Y con él nada cambió. Él sí que cambió. De ser un ranchero fuerte, simpático y hasta altanero se convirtió en un gato. Sí, un gato de su nueva mujer, en un gato de la iglesia católica mexicana y sobre todo en un gato de Bush. Él es nuestro gato con botas, pues estas últimas no las suelta para nada.

TOMÁS URTUSASTEGUI

NOV 2005